

Sea pues eternamente exaltada, bendecida y glorificada la divina providencia ; mas al mismo tiempo sea siempre cumplida de nosotros su santísima voluntad. Amen.

PLÁTICA IX.

CREACION Y FIN DEL HOMBRE.

Habetis fructum vestrum in sanctificationem ; finem verò vitam æternam. (*Rom. VI, 22*).

Antes de despedirnos del primer artículo del Símbolo, que dias há venimos explicando, quiero hablaros del hombre, que es la criatura mas noble de la tierra, y una de las obras maestras que ha hecho el Señor. Despues que el Señor hubo criado todas las demás cosas, formó aquella criatura en cuyo favor habia hecho las otras, quiero decir el hombre, y en él reunió de un modo admirable las propiedades de todas las cosas creadas. Todas las demás criaturas, ó eran puramente espirituales, como los Ángeles, ó puramente corpóreas, como el cielo, la tierra, y las plantas. Estas dos sustancias tan diversas las reunió el Señor en un solo viviente tan real como maravilloso, y de esta union resultó una sustancia tercera, que es el hombre, criatura á un mismo tiempo espiritual y corpórea : espiritual, porque tiene una alma que es puro espíritu ; corporal, porque tiene cuerpo como todos los demás seres materiales. Así que por razon del alma el hombre es superior á todas las cosas terrestres ; por razon del cuerpo es un grado inferior á los espíritus angélicos.

Es digno de saberse el modo con que Dios formó esta criatura admirable ; pues él nos da una clara idea de su excelencia y dignidad. Las demás criaturas fueron criadas con la simple voz *fiat*, hágase ; para criar al hombre se juntaron las tres augustas Personas de la santísima Trinidad : *faciamus hominem* : las demás criaturas fueron hechas, ó de la nada, como los Ángeles, ó de otras materias preexistentes, como los peces del agua, las aves del aire, las bestias de la tierra ; el hombre en su parte principal, que es el alma, fue hecho del soplo del mismo Dios ; por manera que así como el soplo sale del corazon, así puede en algun modo decirse que nuestra alma salió del corazon amorosísimo de Dios, y que resultó de un tierno suspiro del Altísimo. Es verdad que en la parte inferior, que es el cuerpo, Dios le formó de barro para que aprendiese á humillarse ; pero este barro quiso el Señor organizarlo con su propia mano, no admiliendo para ello el concurso y ministerio de criatura alguna, ni aun de los mismos Ángeles : *Manus tuæ fecerunt me, et plasmaverunt me*. Así fue criado el hombre.

¿Os parece pues, hijos míos, si una criatura tan noble en sí misma, hecha por Dios con tanto esmero y atencion, habrá sido puesta en el mundo sin fin ni destino alguno? ¿ó bien si habrá sido criada para cualquier cosa? A juzgar por el tenor de vida que comunmente os veo llevar, habria de concluir, ó que el Señor os ha puesto en el mundo sin plan ni objeto, ó bien que os ha puesto en él únicamente para ocuparos en nulidades y bagatelas. Y á fe que no es así. Cuando yo veo que un pintor se esmera mucho en dejar bien acabado un cuadro, y que emplea en él los colores mas finos, luego comprendo que esta obra no será colocada en una choza, sino en el estrado de un noble é ilustre personaje. Así de-

bemos discurrir del hombre : al ver los preciosos materiales que emplea el Señor al criarle, y el sumo cuidado que tuvo en que saliera perfecta esta obra suya, no se puede pensar sino que le destinó á un fin muy noble y alto. Cuál sea este fin, vais á verlo en la presente instruccion.

Con solo dar una mirada al mundo, desde luego se ve, que en él no hay criatura alguna que esté ociosa, que no tenga su objeto y no sea destinada á algun fin. Giran los cielos en continuo movimiento, lucen los planetas, brilla la luna, resplandece el sol, produce la tierra, fructifica la planta, trabaja el bruto, todos los seres naturales obran con arreglo al fin de su creacion, cumpliendo cada cual con el oficio que se le encomendó. ¿Será solamente el hombre quien no tenga fin, destino ni empleo en el universo? ¿Habrále Dios criado así á la ventura, sin plan ni designio, sin fin? *Numquid vanè constituisi omnes filios hominum?*

No ciertamente, hijos míos. Fin tenemos y algo mas excelente que las criaturas insensatas. Esta alma tan noble que nos anima, este cuerpo tan hermoso que nos adorna, esta frente elevada, estos ojos naturalmente dirigidos al cielo, dicen claramente, que hemos comparecido en este mundo para ocupar un puesto muy honroso, hacer un papel muy brillante, y conseguir un fin mucho mas noble y elevado. ¿Y cuál es este fin? ¿Para qué hemos venido al mundo? ¡Ah, hijos míos! no hemos venido al mundo para poseer riquezas, ni conseguir honores, ni disfrutar placeres, ni recrearnos únicamente en la tierra, como parece que muchos juzgais, puesto que no os ocupais en otra cosa : hemos venido sí, escuchadlo bien, *para servir á Dios en esta vida, y gozarle eterna-*

mente en la otra. Así os lo enseña la fe ; así lo aprendísteis en el Catecismo que en vuestra niñez os pusieron en las manos.

Fin verdaderamente grandioso sobre cuanto se puede pensar ; fin que iguala al que tienen los espíritus angélicos ; fin que no es menos que el que tiene María santísima ; fin ; cosa asombrosa de decir ! fin que es tan excelente como el del mismo Dios. Sí, cristiano, sí : tan excelente es el fin para el cual Dios te crió, que en esto ni el mismo Dios te aventaja, ni tiene fin mas noble que el tuyo. Dios es fin de sí mismo, y su felicidad consiste en conocerse, amarse y gozarse, ¿no es así? Pues este mismo Dios es tu fin tambien, y para que le conozcas, ames y goces, te ha criado. Entiende bien esto, cristiano, y fíjalo bien en tu corazon ; no para que te ensoberbezcas de tu dignidad ; sino para que adorando profundamente la bondad del Señor, busques el fin para el cual te crió.

El fin próximo é inmediato fue para que le sirviésemos en esta vida, mediante la observancia de su santa ley y el cumplimiento de su divina voluntad. Esta debe ser nuestra principal ocupacion mientras vivamos en la tierra, la mia, la vuestra, la del artesano en la tienda, la del labrador en el campo, la del mercader en el tráfico, la de la mujer en casa, la de la monja en el convento, la del pastor en la cabaña, la del monarca en el trono : esta debe ser la principal ocupacion del rey y del vasallo, del superior y del súbdito, del rico y del pobre, del jóven y del viejo. No es necesario que os halleis en una carrera mas lucida que otra ; lo necesario es que sirvais á Dios, sea el que fuere vuestro estado. Y no me digais aquí, que vuestro estado no es á propósito para servir al Señor. ¿Qué? hijos míos ¿qué? Cualquiera que sea vuestra situacion, ¿no podeis absteneros de pecar? ¿no podeis cumplir los preceptos de la santa ley de Dios? ¿no podeis referir á él

vuestros pensamientos, palabras y obras? ¿no podeis amarle con ternura, encomendaros á él con confianza, dejaros en sus manos con entera resignacion? Haced esto, y lo teneis hecho todo : haced esto y serviréis al Señor tan bien como yo predicando, como la monja cantando, como el anacoreta haciendo penitencia.

Pero si vosotros afanados únicamente por las cosas de esta tierra, olvidais el servicio de Dios, entonces habré de decir que vuestra vida es inútil, y que no haceis mas que perder el tiempo en bagatelas. Una cosa en tanto vale, en cuanto sirve al fin para el cual es hecha. ¿De qué me sirve un reloj, si no me señala las horas? ¿Qué hago de un cuchillo, si no corta? ¿de una llave, si no abre? ¿de una pluma, si no puedo escribir con ella? Así, hijos míos, si nosotros declinamos de nuestro fin, olvidando el servicio de Dios, para nada vale nuestra vida, para nada valen nuestras obras; es en vano que hayamos venido á este mundo. Somos como aquellos hombres frívolos, que son buenos para todo, menos para desempeñar el oficio que tienen.

¿Quereis que os lo diga todo? Si no servimos á Dios, ni solamente conseguimos aquello que tanto deseamos conseguir por nuestros afanes y cuidados terrenos. ¿Qué os proponéis conseguir con ese círculo eterno de cuidados, gestiones y empresas? ¿no es la felicidad, tal como puede disfrutarse en este mundo? Pues yo os aseguro, que esta felicidad no la conseguiréis mientras vivais apartados del servicio de Dios. Dios es nuestro fin, es nuestro centro, es nuestro todo : apartados de él no podemos hallar paz, felicidad ni contento; porque ninguna cosa descansa ni está satisfecha mientras no reposa en su centro. Mirad una avecilla : sea ella puesta en una jaula tejida de hilos de oro, sea mantenida con manjares los mas

exquisitos, sírvale una princesa con su real mano, ¿estará contenta? no. Vosotros la veréis saltar inquieta por aquí y por allá, la veréis roer con el pico aquellos hilos de oro que la aprisionan, la veréis buscar por todas partes un agujero para huir y escapar. ¿Por qué? porque está fuera de su centro. Ella nació para volar libre por la campiña, no para estar arrestada en una jaula. ¿Cómo, pues, podrá hallar paz y descanso un hombre que vive apartado de Dios, si Dios es el único centro donde puede descansar? ¡Ah! que esto es imposible. Así es, mi Dios, exclamaba san Agustin, así es; y yo lo sé por experiencia propia. Fuera de Vos no hay paz, no hay satisfaccion, no hay felicidad sólida. Vos nos habeis hecho únicamente para Vos, y nuestro corazon está siempre inquieto mientras en Vos no descansa : *Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

¡Oh! ¡cuántos que me escuchais, sabeis esta verdad por una triste experiencia! Vos, avaro, os prometíais que seríais luego feliz si os salia bien aquel negocio, si llegábais á poseer aquel tesoro : el negocio os salió bien, el tesoro ya le teneis. Y bien ¿estais ya satisfecho? ¿sois ya feliz? No : teneis lleno el bolsillo, pero vacío el corazon : mas feliz y contenta vive aquella pobre mujer que sirve á Dios en su miseria, que vos con todo vuestro oro y vuestra plata. Vos, impuro, creíais que nada os quedaria que desear si llegábais á conquistar aquel corazon inocente y sin experiencia : las diligencias os dieron el efecto que deseábais ; aquella cándida paloma cayó víctima de vuestra sensualidad. Decid ahora la verdad : ¿cómo habeis encontrado el cáliz de Babilonia? ¡Ah! apenas gustado os llenó de sustos la conciencia, de veneno el alma, de inquietud el corazon. Vuélvete, hombre, á donde quieras, dice san Agustin, vuélvete y revuélvete, busca y rebusca ;

fuera de Dios todo es desabrido, todo amargo ; Dios solo puede darte contento y reposo : *Versa et reversa, dura sunt omnia ; Deus solus requies.*

Dejando ahora aparte todas estas reflexiones, ¿no deberíamos al menos servir á Dios por la recompensa que nos ofrece? ¿Por qué quiere Dios que le sirvamos en el breve curso de esta vida? Para premiarnos en la eternidad, haciéndonos gozar de él mismo. Aquí está nuestro verdadero y último fin ; aquí se manifiesta no sé si diga la bondad de Dios ó bien nuestra ceguedad y locura. Podia Dios obligarnos á servirle sin recompensa alguna ; podia señalarnos un premio temporal y limitado ; podia exigirnos millones de años de servicio ; pero no : el Señor, que es rico en misericordias, por pocos años empleados aquí en la tierra en honor suyo, nos ofrece una recompensa eterna, la cual no es otra cosa que la posesion y el gozo de él mismo : *Ego ero merces tua magna nimis.* Este es el fin altísimo á que nos ha destinado ; á vivir con él, á reinar con él, á ser dichosos con él ; no ya por algun tiempo, sino por una eternidad. ¿Puédese concebir un fin mas noble y excelente que este? Ya lo he dicho, pero aun lo diré otra vez : los Ángeles, los Santos, María santísima, Dios mismo no le tienen mas excelente y noble.

Aquí es, hijos míos, donde no puedo menos de deplorar la inconcebible locura de muchos cristianos, quienes viven tan olvidados de este su último fin, que en nada piensan menos que en conseguirle. En todo piensan, en todo aciertan, en todo se ocupan menos en el fin para el cual son criados. Como las bestezuelas insensatas jamás piensan sino en la tierra, jamás trabajan sino por cosas de la tierra. Adquisiciones, ganancias, negocios, placeres, diversiones, héos aquí todos sus pensamientos, héos aquí todos sus afanes. Cualquiera di-

ria que estas gentes no creen en la otra vida, y que piensan que todo acaba en este mundo. Ello no será así ; pero uno cási se siente tentado á pensarlo. De otro modo ¿cómo se explica ese furor por la adquisicion de las cosas transitorias y caducas, y esa indiferencia, esa insensibilidad por las cosas eternas y celestiales?

Siempre he leído en la Escritura con sorpresa la grande necesidad de Esaú, que por un plato de lentejas vendió la primogenitura á su hermano Jacob. Pero bien puede perdonársele á Esaú su imprudencia en vista de la de muchos cristianos. Que me diga aquel jóven, aquel viejo, aquella doncella, aquel casado ; que me digan á qué precio tienen vendida la herencia del cielo. ¡Oh Dios! tiénela vendida por un vil placer, por una miserable satisfaccion, por la ganancia de pocos sueldos : á este precio vil vendieron al demonio su alma. Bien puede el demonio estar satisfecho de su compra ; muy barata le resultó tan preciosa mercadería ; mas cara hubiera pagado una bestia en el mercado. Al presente vosotros no sentís pena alguna por haberos así despojado de la herencia del cielo : tampoco la sentia Esaú al principio de haber renunciado su primogenitura, quien, como dice el texto sagrado, *abiit parvipendens quòd primogenita vendidisset* : pero así como Esaú reflexionando despues el paso imprudente que dado habia, prorumpe en clamores y gritos de desesperado, *irrugit clamore magno* ; así vendrá un dia en que vosotros los daréis de arrepentimiento y desesperacion por tamaña pérdida.

Antes que el lance llegue, y mientras el caso todavía admite remedio, atended, hijos míos, á tres reglas que os doy por conclusion : 1.^o Pensad con frecuencia y tened siempre ante los ojos el fin para el cual sois criados. 2.^o Mirad las

cosas de la tierra, no como vuestro fin, sino como medios que Dios os ha dado para conseguirlo. 3.^o Considerad el pecado como vuestro mayor enemigo; porque él solo puede haceros perder vuestro último fin. Estas tres reglas bien aplicadas os animarán á servir á Dios en esta vida, y os conducirán á gozarle eternamente en el cielo. Amen.

PLÁTICA X.

LA REDENCION DEL HOMBRE. — OBLIGACION DE SERVIR Á DIOS DESDE LA PRIMERA EDAD.

Empti estis pretio magno: jam non estis vestri. (I Cor. vi, 19, 20).

Hasta aquí, fieles míos, os he explicado el primer artículo del Símbolo, en el cual he tratado difusamente de la primera Persona de la santísima Trinidad y de las obras de la creacion: hoy emprendo la explicacion del segundo, en el cual se comienza á hablar de la segunda Persona y de las obras de nuestra redencion. Este segundo artículo está concebido en estas palabras: *Creo en Jesucristo su Hijo único, señor nuestro*. Aquí, como veis, se nos descubre un nuevo orden de cosas, y se nos ofrece una doctrina muy interesante; pues se nos habla de la grande obra de la Encarnacion divina, la cual excede á la obra de la creacion explicada en el artículo precedente, y es la mas admirable que Dios ha hecho y puede hacer.

Lo primero que en esta materia debeis entender es, cómo y en qué sentido la segunda Persona de la santísima Trinidad se llama Jesucristo; lo que no os será muy difícil si teneis presente, que esta segunda Persona, á saber el Hijo, es Dios y hombre juntamente: como Dios es engendrado del divino Padre desde la eternidad; como hombre fue engendrado de María vírgen en el tiempo: como Dios tiene padre sin madre, que es la primera Persona; como hombre tiene madre sin padre, que es María santísima: como Dios ha sido siempre; como hombre tuvo principio como nosotros. Ahora bien: este divino Hijo, en cuanto es simplemente Dios, se llama *Verbo eterno*; en cuanto es juntamente Dios y hombre, se llama *Jesucristo*: nombre compuesto de Jesús y Cristo, que expresa admirablemente su excelencia y el gran encargo que vino á desempeñar sobre la tierra.

El primer y principal nombre de este Dios encarnado ó hecho hombre es el nombre adorable de *Jesús*; nombre que quiere decir salvador, libertador, redentor; porque él nos ha salvado librándonos de nuestros pecados. Si no hubiese sido Jesús, nuestros pecados no tenían remedio, nuestra suerte hubiera sido la misma que la de los Ángeles rebeldes, y para nosotros no quedaba otro recurso que ser para siempre prisioneros del infierno. Como el género humano habia hecho á Dios una injuria infinita, y era incapaz de ofrecerle una satisfaccion proporcionada, nuestro caso era semejante al de un infeliz que teniendo grandes deudas que pagar, y no teniendo con que satisfacerlas, es conducido al último suplicio. Pero Jesús se ofreció á satisfacer por nosotros, y para nuestro rescate dió nada menos que su vida; vida que por ser de una Persona divina era de un valor infinito. ¡Sea eternamente bendita su misericordia!